

1897

+

LA PINTURA HUMANA

SOBREPUESTA

EN EL LIENZO GUADALUPANO.



ESTUDIO

EN CONTESTACION A UNA CARTA CORRECTORIA,

Por G. Ch., Presbitera.



GUADALAJARA.

TIP. CATÓLICA DE A. ZAVALA Y Cía.—PLACERES, 68.

—
1897.

T660
G8
h37

81

BT660

.68

Ch37

005381



1080014980

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LA PINTURA HUMANA

SOBREPUESTA

EN EL LIENZO GUADALUPANO.



ESTUDIO

EN CONTESTACION A UNA CARTA CORRECTORIA,

Por G. Ch., Presbitero.



FONDO EME TERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

GUADALAJARA.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

TIP. CATÓLICA DE A. ZAVALA Y Cía.—PLACERES, 68.

1897.

42502

LA PINTURA HUMANA

EN EL LIENZO GUADALUPANO



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria



LA PINTURA HUMANA

SOBREPUESTA

EN EL LIENZO GUADALUPANO.

ESTUDIO

EN

CONTESTACION A UNA CARTA CORRECTORIA,

POR G. CH., PRESBITERO.

I.

Un texto nuestro.—Su explicación.—Mera y nueva conjetura.—Sus razones.—Su oportunidad.—Carta increpatoria.—Cuatro graves cargos.—Conjeturas.—Cabrera, Anticoli y Oquendo.—Florencia y Conde.—Cabrera y Bartolache.—Juan Diego plebeyo y noble.—El Evangelio.

En el número III de nuestro opúsculo "La Aparición Guadalupana demostrada por los últimos ataques de nuestros enemigos.—Observaciones sobre la Carta atribuida al Sr. D. Joaquín García Icazbalceta," impreso en Guadalajara en 1896, en la página 16, hablando del dicho del P. Bustamante, nos expresamos de esta suerte: "Negó sin asegurar con juramento su negativa; negó poseído de ira y de espanto por su atrevimiento. O por mejor decir, no negó; afirmó que la Imagen estaba pintada por un indio, lo que fué

005381

verdad sin dejar de ser aparecida, pues aquel pintor fué llamado para pintar aquellas nubes y querubines que se pusieron al derredor de la Imagen en los primeros tiempos de la Aparición. Por otra parte, pues tanto mérito se hace de este testigo parcial, airado y falso, opongámosle otro, y juzguemos sobre ambos."

Aquí, como se ve, afirmamos al principio de ese periodo, que el P. Bustamante, negó con ira y espanto, y que el negar fué atrevimiento; al fin del periodo, afirmamos que fué testigo, además de parcial y airado, *falso*. Es decir, afirmamos que no dijo verdad, que, á haberla dicho, ni fuera testigo falso, ni habría habido atrevimiento en decirla. Esto es claro como la luz. ¿Qué quisimos, pues, significar, cuando añadimos: "ó por mejor decir, no negó; afirmó que la Imagen estaba pintada por un indio, lo que fué verdad sin dejar de ser aparecida?" Evidentemente, no quisimos contradecirnos, sino dar una explicación, nueva, enteramente nueva, del atrevimiento del predicador, diciendo que afirmó ser pintada la Imagen por un indio, porque éste fué llamado á pintar los querubines y las nubes que se pusieron al derredor de la Imagen á los principios de la Aparición; y decimos que esto "fué verdad sin dejar de ser aparecida," lo que claramente significa, que no fué verdad en el sentido absoluto, si no sólo verdad en algún modo, y en cierto sentido, esto es, en cuanto á que pintando el derredor de la Imagen, pudo hasta cierto punto decirse que pintó la Imagen, tomando la parte por el todo, lo que es usadísimo en el idioma vulgar. Así, puede decirse que tal pintor va pintando las casas, tratándose sólo de las fachadas. ¿Pero de dónde hubimos la peregrina ocurrencia de que el indio Marcos pintó los querubines? ¿Qué escritor guadalupano, ó antiguadalupano dice tal cosa? Ya acabamos de declarar que esa explicación es enteramente nueva; nadie antes de nosotros la había ni aun insinuado; es una simple conjetura, que quizá hicimos mal en afirmar de un modo tan decisivo; pero como ya la habíamos avanzado en el Catecismo de Controversia Guadalupana, revisado, aprobado y aun encomiado por el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, y por el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, tan conocedor de estas materias; y como van tres numerosas ediciones de ese Catecis-

mo, y nada se nos había hecho observar á ese propósito, creímos podernos afirmar más en nuestra conjetura. Más, en fin, se dirá, toda conjetura se apoya en tales ó cuales probabilidades, ¿en qué pretendemos apoyar la nuestra, que como inaudita, parece más exigirlo? Hé aquí nuestras razones. Si á alguien se llamó para que ejercitara su pincel en el lienzo guadalupano, debe haber sido á algún hábil artista, ¿no es verdad? Ya que se iban á mezclar las obras de Dios con las de los hombres, no debía ocuparse á un pintor torpe é ignorante. Y si la pericia en el arte pudiera hallarse en un indio, ¿no era oportunísimo, no se creería muy conveniente, ocupar á un individuo de la raza favorecida con la Aparición, á un hermano del venturoso Juan Diego? Parece indudable. Pues bien, los antiguadalupanos han probado que en aquellos tiempos, existía el indio Marcos, célebre pintor. El Ilmo. Sr. Vera, cita un testimonio en que se le llama Andrés; pero es fácil la confusión entre dos nombres de apóstoles, y no se ha negado la existencia, ni aun la pericia, [siquier relativa,] del tal indio. Luego si había un indio, hábil pintor, y que vivía por los tiempos de la Aparición, fundadamente puede conjeturarse que él sería el llamado para los malhadados querubines. Y esto explica de alguna manera el arrojado del P. Bustamante al asegurar en pleno templo que la Imagen fué pintada por el Indio Marcos; nó que con ello halla dicho la verdad, sino que, por una tergiversación dictada por la cólera, haya llevado la audacia hasta escandalizar enormemente á la concurrencia. Esto, pues, no justifica en ningún modo al P. Bustamante, pero sí explica de algún modo lo inaudito de su aseveración. Y tal ha sido nuestra conjetura. Pensamos, pues, haber hecho algo en favor de la causa guadalupana, al proponer una hipótesis que nos pareció plausible y oportuna.

— Mas no todos juzgan del mismo modo.

Un ferviente y docto guadalupano, con el cual no llevá- bamos ningunas relaciones, se ha servido escribirnos una larga carta, en la cual, citando el pasaje nuestro que hemos explicado, nos habla de esta suerte: "En lo que U. afirma por su cuenta contra la aseveración procaz de Bustamante, veo estos graves errores de historia y de crítica:

1.º Que sea verdad decir, que un hombre pinta una imagen sólo porque haya pintado en algunas partes del cuadro que no son la imagen."

—A esto respondemos que no hemos dicho que es verdad que la haya pintado un hombre; sino que es verdad, *sin dejar de ser aparecida*; lo que no puede verificarse, sino siendo la pintura fuera de la imagen; creemos, pues, que aquí no hay error ninguno ni de historia ni de crítica. Júzguelo el lector inteligente. Sigue la carta:

"2.º Que ese hombre pintor fué el que pintó las nubes de la Guadalupana, pues Florencia habla sólo de querubines.

—A esto respondemos, que pues siempre que se pintan querubines, se figuran entre nubes, como en la Purísima de Murillo, por eso hablamos de nubes. Pero confesamos redondamente que el P. Florencia, y los que le copiaron, no hablan de nubes. No creemos que á esto pueda llamarse error, ó por lo menos, es muy leve. Continúan nuestros errores:

"3.º Que el indio Marcos haya sido el que pintó los querubines."

—Hemos visto que esto es una conjetura fundada en probabilidades. Como la historia nada dice en contrario, no es un error histórico. Y como la crítica admite las hipótesis fundadas y oportunas, tampoco es un error contra la crítica. Termina:

"4.º Que (á juicio de Florencia y de sus trasmitentes de la noticia) ese atentado de la pintura de los querubines, haya sido obra de mala intención, y no de insensata piedad."

—Respondo: ni el P. Florencia, ni ninguno de los que transcriben su noticia, ha escrito, ni insinuado siquiera, que la pintura haya sido obra de mala intención; todos creen y dicen que la intención fué sana, y la obra inoportuna; nosotros, como puede leerse y releerse en nuestro texto increpado, no decimos una palabra acerca de ello. Todo nuestro delito viene, pues, á consistir en que propusimos una conjetura, lanzándola, por primera vez, en el campo de la historia guadalupana. Mas preguntamos: ¿Están por ven-

tura vedadas por la crítica las meras conjeturas en el campo de la historia?

Que á esta cuestión nos respondan los hechos. Y tomémoslos en la misma historia de la Aparición.

El Presbítero Cabrera, en su "Escudo de Armas," conjetura y quiere dar por cierto que el lienzo guadalupano estuvo colgado de las puertas de la catedral por algunos años hasta la vuelta de España del S. Zumárraga. El P. Anticoli con la mayoría de los autores cree que la colocación de la Imagen se hizo antes de la ida del Prelado, en una pobre capilla, formada de adobes y levantada en unos cuantos días. Conde y Oquendo cree imposible que en quince días se edificara una capilla, y conjetura que el Obispo se valió de la ermita que habían levantado antes los padres franciscanos en honor de la Santísima Virgen adorada en común. [Disertación.—tomo 1.º cap. 2.º § IV]. He aquí varias conjeturas, no sólo diversas, sino aun contradictorias.

Tanco conjetura que el nombre de Guadalupe fué pronunciado en mejicano y asigna sus etimologías; el P. Florencia conjetura que la Santísima Virgen tomó ese nombre, en atención á Fernando Cortés, natural de Medellín en Extremadura, donde se venera una Imagen con el título de Guadalupe; Conde y Oquendo reprende al P. Florencia diciendo que en esta conjetura se mostró más devoto de los españoles que reverente á la Santísima Virgen (Disert.—cap. 12, § I]. El pintor Cabrera conjetura que un rasgo en figura de número ocho que se ve en el vestido de la Imagen, hace alusión á la Inmaculada Concepción; Bartolache hace copiar dicho rasgo y dice que no es tal número; Conde dice que es figura de retórica de Cabrera, y conjetura: (oígase] que es "una garambaina del pincel, formada tal vez por aquel pintor travieso que pintó los querubines al rededor de los rayos de la Santa Imagen." (Disertación.—Cap. 4.º § X). Y nótese que es algo más conjeturar que el pincel humano anduvo sobre la misma túnica de la Imagen, que el conjeturar nosotros que pintó las nubes en los querubines.

Los antiguos conjeturaron que el ayate era tejido de pita de maguey; los posteriores opinaron que no era sino de palma.—El P. Florencia, tratando expresamente de Juan Diego, en el capítulo diez y ocho de su "Estrella del Norte,"

dice que “nació de padres humildes, de la categoría más infima entre los indios que llaman mazehuales, que son los de servicio.” Y no obstante, el Ilmo. Sr. Vera, en su “Contestación histórico crítica en defensa de la maravillosa Aparición,” insinúa que Juan Diego fué de clase noble, porque su nombre gentilicio era *Quauhiltatoazin*, cuya terminación, en los nombres mejicanos, indica nobleza.

Todavía podríamos citar otras muchas opiniones y conjeturas, distintas y aun opuestas unas á otras, en la historia guadalupana, y nadie lo extrañe, como si dañase á su verdad, pues la sustancia es invariable, y las conjeturas sólo versan acerca de las circunstancias accidentales. Aun en los hechos evangélicos, cuántas conjeturas en orden á la cronología! cuántas acerca de los magos y el tiempo de su venida á Jerusalén, cuántas acerca de la narración de Lázaro y el rico, si es pura historia, si es mera parábola, si mezcla de entrambas! Si hubo ó no hubo Verónica, si fué noble ó plebeya; si hubo una sola María, ó fueron dos, ó tres; si nuestro adorable Redentor fué crucificado con tres clavos ó con cuatro; el más reciente historiador de la Pasión del Señor, el P. Mir, de la Academia, hace bajar el número de los azotes á cuarenta, contra la tradición piadosa, fundada en varias revelaciones que le hacen subir á cinco mil. El campo de las conjeturas es vastísimo, casi indefinido. ¿Por qué, pues, se nos tomaría á mal el avanzar una nueva conjetura en la historia guadalupana, cuando ella no se opone á ninguna anterior, ni contradice ningún hecho recibido? ¿Será justo tacharla, sin más razón, de error contra la crítica y la historia?

II.

Niega la carta la realidad de la pintura sobrepuesta.—Texto de la misma.—Error que se nos atribuye.—Reasumiendo.—Largo pasaje de Florencia.—Aniquila el argumento de la carta.—Recórrense la tradición escrita.—Bartolache.—Conde y Oquendo.—Tornel y Mendivil.—Ilmo. Sr. Vera.—Padre Anticoli.—Cuevas.—Dr. de la Rosa.

Nuestro amable corrector no se ha limitado á inculparnos de error histórico y crítico cuando atribuimos al indio

Marcos la pintura sobrepuesta al lienzo guadalupano, sino que aun va más lejos, y parece negar la realidad y existencia de la pintura. Oigámosle en su carta.

“Es un desliz de sencillez columbina del por mil títulos respetable Padre Florencia, eso que dice de la pintura sobrepuesta de los querubines, por ese, que él supuso motivo de piedad, porque eso valdría tanto como dar por exacto que en tiempo del Sr. Zumárraga, ó en los cinco años de su funeral sede vacante, hubiese estado la Guadalupeana al cuidado de hombres en extremo ignorantes, lo que es falsísimo, ó que no se creyese entonces en la verdad de la Aparición, lo que también es falso; ó que los pocos de la facción de Bustamente, por pérfida malicia hubiesen puesto manos sacrílegas en el prodigioso ayate, á pretexto de adornar la Imagen con los querubines, para salir después con que el indio Marcos pintó toda la Imagen, (y este último, parece-me es el punto de vista que preocupó á mi respetable P. Chávez). Es inadmisibile, aunque lo diga y se lo hayan contado al P. Florencia, que hayan cometido el sacrilegio de adornarla con querubines pintados en el celestial cuadro.”—Procura en seguida probar el Sr. Licenciado, (que lo es en realidad, y no como el Sr. Icazbalceta, á quien dimos ese título en nuestro opúsculo, por ignorancia), procura probar que no hubo tal pintura porque ni lo dijeron los pintores en 1666, ni en 1751, “y sí lo dicen los pintores hipócritas del hipócrita Bartolache en el reconocimiento insidioso y desautorizado de 1787. Creo, por tanto, que dar por cierto, aun eso mismo, no ya de la nube, sino de los querubines, es un error de grande importancia en mi Padre el Sr. Pbro. Chávez.” Por fin, añade, “en mi humilde juicio no debe contarse para nada, (por hoy) con la noticia del P. Florencia.”

Conque, reasumiendo, piensa el Sr. Licenciado, que la noticia de la pintura de los querubines, es un desliz del P. Florencia; que es resultado de su sencillez columbina; que sólo Bartolache lo asegura; que hoy no se debe propalar esa especie, y que ha sido grande error nuestro el darle cabida. El celo guadalupano ha extraviado á nuestro amable Mentor, y en todo esto ha padecido grandes equivocaciones.

Vamos á mostrarlo con claridad meridiana.

Preciso es comenzar por citar íntegro el pasaje del P. Florencia, que ni tuvo en ello deslíz, ni adoleció de sencillez columbina, que hubiera corregido la prudencia serpentina de los escritores que le siguieron. En su "Estrella del Norte de México," capítulo décimo, párrafo segundo, y número 75, escribe así: "Una cosa me refirió el Dr. D. Francisco de Siles, canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de México, la cual he querido poner aquí, por ser de autor á quien debió mucho lustre y crédito el Venerable Santuario de Guadalupe, y que investigó con suma diligencia muchas noticias para apoyo del milagroso origen de la Santa Imagen: y por lo que, á mi ver, conduce á restablecer la providencia sobrenatural con que se conserva hasta hoy. Y fué, que á los principios del aparecimiento de la Bendita Imagen, pareció á la piedad de los que cuidaban de su culto y lucimientos, que sería bien adornarla de querubines, que al redor de los rayos del Sol, le hiciesen compañía, y representasen el reverente obsequio, que los Soberanos Espíritus hacen á su Reyna en el Cielo. Así se executó: pero en breve tiempo se desfiguró de suerte todo lo sobrepuesto al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba á vista de la permanente belleza y viveza de los colores de la Santa Efigie, se vieron al fin obligados á borrarlos. Afirmóme se lo había oído decir, entre otros, á D. Juan de Casaus Cervantes, Caballero del Orden de Santiago, y Contador mayor del Tribunal de cuentas de México, hombre de toda autoridad y crédito, y que lo refería de su padre Don Juan de Casaus Cervantes el viejo, también del Avito de Santiago, y uno de los Caballeros más autorizados de prendas Christianas y políticas que ha dado México, y que por su mucha antigüedad pudo alcanzar los tiempos más vecinos á la Aparición de la Santa Imagen. Y esta es la causa de que en algunas partes del derredor de la Imagen parece que están saltados los colores." Nótese que el P. Florencia inspeccionó despacio el lienzo guadalupano, y refiere lo de los colores saltados, y asigna como causa la sobrepintura borrada. No hubo deslíz ni sencillez columbina, sino hecho palpable y testimonio irrefragable. Sigue todavía diciendo el piadoso jesuita en el número 76: "Parece este caso al que sucedió en la Cámara Santa de Nuestra Señora de Loreto,

quando los piadosos moradores de Recanate, así por fortalecer y asegurar en su duración la Casa solariega de la Santísima Virgen, que la consideraban antigua, y que estaba sin ningunos cimientos; como por darle algún exterior adorno, le fabricaron en contorno una casa fundada de ladrillo, que la tuviese y la adornase. Mas no lo consintió mucho tiempo el sagrado edificio, el qual, apartándola de sí buen espacio, dió á entender con este milagroso despego, que á las obras de Dios hace agravios quien las toca para añadirles ó para mudarles alguna cosa, aunque sea con fin de más fortaleza; y que su conservación corre á cuenta de la mano poderosa de Dios, que les dió el sér; y no á las de los hombres, ni á su limitada providencia é industria."

Hemos querido copiar este largo pasaje, porque de su contexto se desprende su verdad. No habla el autor tímidamente, ni como quien hace conjeturas, sino que afirma resueltamente el hecho de la pintura de los querubines; lo atribuye á celo y piedad de los que cuidaban la Imagen, alega la diligencia de Siles en lo relativo á Nuestra Señora de Guadalupe, y autoriza de tal manera el dicho de los Casaus, que dice no haber producido Méjico sujetos de mayores prendas políticas y cristianas. Así, los supone incapaces de mentir. Y, por fin, confirma lo saltado de los colores sobrepuestos con su propia autoridad, pues él mismo nos dice que tuvo la dicha de contemplar el lienzo milagroso sin vidriera. Y esto aniquila el argumento negativo del Licenciado, que alegó el silencio de los pintores; cuando habla el P. Florencia, quien asegura [en el número 270] que vió la Imagen, la tocó, y la consideró "por la faz y por su respaldo."

Los autores guadalupanos han creído en este punto al P. Florencia, y no conocemos uno solo que le contradiga, ni le acuse de deslíz, ni de columbina sencillez por su dicho. Y es tan importante dejar este punto bien sentado, que creemos muy conveniente recorrer la tradición escrita, citando los autores guadalupanos. Comencemos por el Dr. Bartolache.

D. José Ignacio Bartolache, originario de Guanajuato, médico, químico, matemático, teojurista, facultado por el Abad y Cabildo de la Colegiata, hizo la inspección del lienzo guadalupano, acompañado de los más famosos pintores

que encontró. Fué imparcial en sus observaciones, y si erró á veces en puntos teológicos, la verdad es que sirvió bien á la causa guadalupana, descubriendo nuevos monumentos, y haciendo la prueba de la imagen pintada en un ayate de palma, anunciando que infaliblemente degeneraría, como á los siete años sucedió. Oquendo lo trata con rigor inmoderado, y como vemos, hoy se le llama hipócrita, é hipócritas á sus pintores. Lo cierto es, que en las aprobaciones que anteceden á su Manifiesto, se le colma de elogios, y se le dan las gracias por lo que hizo en pro de la causa guadalupana. El juicioso y docto Tornel, dice, hablando de Bartolache: "Tan exquisitas é imparciales diligencias puso por obra para la averiguación de la verdad, que no ha faltado escritor guadalupano, [alude á Oquendo] que haya creído que su intención había sido destruir la creencia del milagro. Yo creo, por el contrario, que debe mos estarle agradecidos, porque nos ha proporcionado nuevos medios de acreditar el portento, y demostrar que el parecer de los pintores que asistieron á las anteriores inspecciones, fué concienzudo; conforme á la verdad de los hechos." Estamos enteramente conformes con el dictamen del Sr. Tornel, y varias veces nos ha ocurrido aplicar á la crítica severa de Bartolache respecto de la causa guadalupana, lo que dice San Gregorio del apóstol Santo Tomás, que "más provecho nos hizo él con sus dudas y su incredulidad, que los otros apóstoles con la prontitud de su fe." Los que vituperan á Bartolache, creemos que son llevados por lo que leen en Conde y Oquendo, y no han leído íntegro el Manifiesto satisfactorio, en el que á cada paso rinde el sabio Doctor su testimonio á la realidad de la Aparición, ensayando el demostrarla en un artículo á imitación de los de Santo Tomás. Bartolache, pues, en el número 30 de su opúsculo, (página 29 de la edición de México, de 1790), escribe: "Es digno de toda atención el pasaje en que cuenta, [el P. Florencia], haberle referido el Dr. D. Francisco Siles . . . que á los principios del aparecimiento de la bendita Imagen pareció á los que cuidaban de su culto y lucimiento, que sería bien adornarla de Querubines, que al rededor de los rayos del sol la hiciesen compañía . . . y así se ejecutó; pero en breve tiempo se desfiguró de suerte todo lo sobrepues-

to al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba á vista de la permanente belleza y viveza de los colores de la Santa Efigie, se vieron al fin obligados á borrarlos. Y que le afirmó haber oído decir esto, entre otros, á Don Juan de Casaus Cervantes, etc." A este pasaje pone dos notas Bartolache. En una dice: "La intención desde luego sería muy buena; pero el efecto acreditó que las obras de Dios no necesitan de añadiduras". . . . "Esta debe quizá ser la causa de que en nuestra bendita Imagen Guadalupana se observen hoy día, algunos trazos pintorrajos y borrones de manos atrevidas, corrompiendo el original." Y en la pieza número 2 del final del libro, se lee que preguntó á los pintores si supuestas las reglas de su facultad, y prescindiendo de toda pasión y empeño, tienen por milagrosamente pintada la Santa Imagen? Respondieron que sí, en cuanto á lo sustancial y primitivo que consideran en nuestra Santa Imagen; pero no en cuanto á ciertos retoques y rasgos, que sin dejar duda, demuestran haber sido ejecutados posteriormente por manos atrevidas." Ya vimos que así lo juzgó el P. Florencia, más de cien años antes que Bartolache.

Pero aun no es esto todo. Asegura éste, que lo dicho por el jesuita: "concuera con lo que escribe el Proto-Médico Dr. D. Juan de Mergarejo á fojas 6, vuelta, del Dictamen manuscrito antes citado; donde hablando de la maléfica calidad del aire y temperamento de Tepeyac, dice así: "Y todos estos efectos se ven suspendidos y apagados en esta grande Señora: pues se reconoce que no ha sido suficiente lo frecuentado y continuo de largo tiempo que este aire ha combatido á apagar lo brillante de las estrellas que la adornan; sólo logrando la porfía en lo sobrepuesto que algún devoto quiso por adornar con el arte, añadirle á los rayos del sol, oro, y á la luna, plata, haciendo presa en éstos, poniendo la plata de la luna negra, y el oro de los rayos desmayado y deslucido, con hacerlo caer por sobrepuesto. Pero el original de sus estrellas, los ha venerado, como de su Señora . . . y puesto su ejecución en lo artificial."—Y aquí verá nuestro corrector, cómo no sólo el hipócrita Bartolache, sino el piadoso Protomédico de las inspecciones anteriores, habla claramente de lo sobrepuesto al lienzo guadalupano. No fué, pues, sencillez columbina del grave P.

Florenzia, lo que aseguró de la pintura añadida á la Imagen, pues lo vió en los efectos con sus ojos, y el Protomédico también lo atestigua.

Mas ¿qué dirá á esto el Dr. Conde y Oquendo, impugnador acérrimo de Bartolache, y que no le deja pasar una coma sin correctivo? ¿Acaso va á tacharle, ó á acusar sus intenciones? Todo lo que le nota, es que no se dice *pintorrajos* sino *pintarrajos*, y que no está bien dicho *trazos*, que en pintura significa *pliegues*. (Disert. núm. 167). En cuanto á la pintura sobrepuesta, véamos cómo se explica en el número anterior: "De menos reparo debe servir contra la duración de la pintura, el que por algunas partes del rededor de la santa Imagen se noten al parecer como saltados los colores; porque sabemos por relación del Canónigo D. Francisco Siles, el cual se refería en este punto al caballero Casaus, (cuyo padre, de quien lo oyó, pudo alcanzar los tiempos más vecinos á la Aparición), quien contaba, que poco después de élla, creyeron los que cuidaban la bendita Imagen, que sería conveniente á su culto y lucimiento el adornarla con unos querubines que en circuito de los rayos del sol le hiciesen compañía, y representasen el reverente obsequio que prestan á su Reina. Así se ejecutó, y no hay que hacer mucha burla de ese pensamiento por extravagante que parezca, pues que *Rafael*, el gran *Rafael*, siguiendo al *Perugino*, pintó los rayos de la luz con relieve de oro, y á los ángeles y querubines pintó ensartados en los rayos, con otras monstruosidades semejantes; pero sucedió en nuestra pintura, que en breve, todo lo sobrepuesto al pincel milagroso se descaró y desfiguró; de suerte que por la deformidad que causaba á vista de la permanente viveza de los colores nativos de la Imagen, se vieron al fin obligados á borrarlos del todo; así como la santa casa de Loreto despegó de sí otra de ladrillo, que para sostenerla le fabricaron en contorno; porque á donde mete Dios el brazo, no se necesitan puntales de mano de hombres." (Disertac. cap. 3.º, § XI). Aquí el Dr. Conde y Oquendo, no sólo admite la noticia del P. Florenzia, á quien cita, sino que defiende á los que mandaron pintar los querubines, con ser achaque de la época, de que no se libraron famosísimos pintores. Injusta, por tanto, aparece la inculpación de sacrílegos, que

les hace nuestra carta, cuando todos convienen en que obraron por parecerles con ello fomentar el culto y lucimiento de la Imagen. Tampoco, pues, este elocuente escritor guadalupano, tuvo la especie de Florenzia por efecto de un desliz, ni como muestra de candor; sino que lo adoptó como un dato histórico, y lo aprovechó como un buen argumento, (y lo es en efecto), en pro del milagro de la duración de la pintura prodigiosa.

Pero, dice el autor de nuestra carta, que esa noticia: "ya no es de hoy," es decir, que en nuestra época no debe hacerse uso de ella, sino relegarla al olvido. Podríamos muy bien responder, que la verdad, así como Jesucristo, es "ayer, y hoy y por todos los siglos," (Hebr. XIII, 8) y que no puede declararse falso en el nuestro lo que fué cierto en los pasados. Pero, á mayor abundamiento, haremos ver á nuestro oficioso censor, cómo todos los autores guadalupanos, aun los de las épocas más recientes, hasta llegar á la nuestra, piensan, en el particular, de un modo opuesto al de él, y adoptan á ojos cerrados la narración florentina.

Un año antes de mediar nuestro siglo, imprimió el Lic. D. J. Julián Tornel y Mendivil su bella obra titulada: "La Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de México comprobada con documentos históricos y defendida de las impugnaciones que se le han hecho." Es uno de los mejores escritores guadalupanos, que aprovechó los trabajos anteriores, y muy particularmente combatió á D. Juan B. Muñoz. Dicho Señor, pues, en el primer tomo de su obra, en el capítulo undécimo, donde trata del "Juicio de los pintores y médicos sobre la hermosura, cualidades y origen de la Sagrada Imagen, en el número 170, dice así: "Por hacer relación á lo que deponen los facultativos sobre la conservación milagrosa de la Sagrada Imagen, copio aquí lo que trae el P. Florenzia en el capítulo 10, párrafo 2.º número 75 de su obra *Estrella del Norte*. "Una cosa me refirió el Dr. Siles, canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de México," etc.; y continúa copiando al pié de la letra el trozo que conocemos del piadoso jesuita. Nada opone Tornel en contrario, antes dice que lo cita porque hace relación á la conservación milagrosa de la Imagen. En el capítulo siguiente, número 203, trae la respuesta de los pintores á Bartola-

che cuando dijeron que tenían por milagrosamente pintada la Imagen en lo sustancial y primitivo; pero no en cuanto á ciertos retoques y rasgos ejecutados posteriormente por manos atrevidas; y en el número 210, aduce las notas de Bartolache, que ya trascribimos, y el pasaje del Dictamen manuscrito del Proto-médico, que también copiamos. En el número 211 comienza así: "Acabamos de ver la providencia especial de Dios con que se han conservado intactos los colores primitivos de la Santa Imagen, á la vez que han desaparecido los de las añadiduras que una devoción indiscreta se atrevió á hacer al celestial pincel." Copia, pues, el sabio magistrado, al P. Florencia, no tiene su narración por desliz, ni sencillez columbina; aplica el hecho á robustecer el milagro, y no llama al hecho de la pintura sobrepuesta, sacrilegio ni atentado, sino devoción indiscreta, como lo fué.

Demos ahora lugar al más laborioso, al más erudito, al más docto de los modernos escritores guadalupanos, al Ilmo. Sr. Vera. En su contestación "histórico-crítica," escrita contra los anónimos antiguadalupanos, obra de inmenso trabajo y de inmensa erudición, en la cual sigue paso á paso la impugnación publicada en pésimo latín, cita un pasaje en que los adversarios hacen mérito de la pregunta de Bartolache sobre si tenían sus pintores por milagrosa la pintura de la Imagen, con la respuesta de éstos, que sí la daban por tal en lo primitivo, y nó en los retoques y rasgos; el Sr. Vera, en el número CLXXIV, contesta: "Debió quedar de tal manera aturcido el contrincante con la contestación de los pintores, que cerrando el *Manifiesto satisfactorio*, en que leyera tan soberbia refutación á todas sus dudas contra la maravillosa Aparición, no leería en él lo que dice el Dr. Bartolache sobre los toques y rasgos ejecutados por manos atrevidas. Oigamos al referido Doctor." Y luego copia el Sr. Vera el pasaje del P. Florencia, citado por Bartolache, donde se habla de la pintura y borrado de los querubines, y la nota del Doctor donde dice que esa debe ser la causa de que se observen los dichos rasgos y retoques. Y también copia el Prelado lo que añade Bartolache: del Dictamen de Melgarejo. De suerte, que la noticia, ó digamos mejor, el hecho histórico de la pintura de los querubines, sirvió ad-

mirablemente al Ilmo. Sr. Vera, para desbaratar la objeción que los antiguadalupanos hacían con la respuesta de los pintores como significando que la misma Imagen en parte era pintada por los hombres, lo que se contesta notando que esto se dijo por los restos de la pintura de los querubines. Y por aquí verá el Sr. Licenciado, autor de nuestra carta: cuán desacertado anduvo al escribir, [como nos escribe], "Si es, pues, inverosímil, dado que sea posible . . . que se hubiesen pintado los querubines, el dato es inseguro y litigioso, y no es de aceptarse . . . y más, cuando la ventaja que de ello se obtuviera es muy inferior al inconveniente de la algarada que los incrédulos levantarán ante ese demérito de la Imagen y de su culto."—En todo esto se equivoca este buen Señor; pues no es demérito ninguno de la Imagen el que hayan querido adornarla, antes tiene el gran mérito, [que todos patentizan] de arrojar lo postizo y conservar lo propio, ni fué demérito del culto lo que se hizo "para su mayor culto y lucimientos," como dice Florencia; ni los incrédulos han levantado algarada contra este hecho que ni han mencionado siquiera, antes con él ha acallado el Sr. Vera su algarada con motivo del dicho de los cinco pintores, como acabamos de verlo.

No reputó, pues, tampoco este docto Prelado como un desliz, la narración del P. Florencia, ni la tuvo por sencillez columbina, sino por dato fehaciente de que quiso echar mano para la apología.

Pasemos ahora á otro escritor guadalupano, si no tan erudito en la historia como el Ilmo. Sr. Vera, pero sí buen filósofo y profundo teólogo, miembro al fin de la ínclita Compañía de Jesús. Y aunque ninguno de sus opúsculos guadalupanos lleva su nombre, nadie ignora el del P. Anticoli, martillo triturador de los adversarios de la Aparición. En su obra: "La Virgen del Tepeyac, patrona principal de la nación mexicana," impresa en Guadalajara en 1884, en el número XVIII, demostrando la verdad de la Aparición por la misma Imagen de Guadalupe, llega á tratar de las seis circunstancias milagrosas que en ella resplandecen: la tosquedad del lienzo, su falta de imprimación, la perfección de su dibujo, la cuádruple especie de su pintura, la preciosidad del dorado, y la viveza y duración de los colores. Tra-

tando, pues, de esto último, dice: "Otras dos palabras sobre este asunto y no más. El P. Florencia, que presenció la inspección jurídica de la Santa Imagen en 1666, escribe lo siguiente, en su obra "Estrella del Norte," cap. 10., § 2: "Una cosa me refirió el Dr. D. Francisco Siles, Canónigo Lectoral de la Metropolitana . . . y fué que á los principios del aparecimiento de la bendita Imagen, pareció á los que cuidaban de su culto que sería bien adornarla de querubines; así se ejecutó; pero en breve tiempo se desfiguró de suerte todo lo sobrepuesto al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba se vieron al fin obligados á borrarlos: y esta es la causa de que en algunas partes del derredor de la Santa Imagen, parece que están saltados los colores . . ."—Confírmase lo que escribió el P. Florencia con el dictamen jurado del Protomédico, expuesto por orden del real Protomedicato de México en 28 de Marzo de 1666: "Se reconoce que no ha sido suficiente lo frecuentado y continuo de largo tiempo que este aire ha combatido, á apagar lo brillante de las estrellas que la adornan: sólo logrando la porfía en lo sobrepuesto que algún devoto quiso añadirle á los rayos del sol, oro, y á la luna, plata; haciendo presa en éstos, poniendo la plata de la luna, negra, y el oro de los rayos, desmayado y deslucido con hacerlo caer por sobrepuesto; pero el original de sus estrellas lo ha respetado como de su Señora . . . y puesto su ejecución en lo artificial." Hasta aquí el sabio jesuita, que sigue advirtiendo que á esto se referían los pintores de Bartolache, cuando respondieron que la Imagen era milagrosamente pintada en cuanto á lo sustancial, pero no en cuanto á ciertos rasgos y retoques ejecutados posteriormente por manos atrevidas.

Vemos, pues, que este moderno autor guadalupano, reputado con razón como de los principales, cita al P. Florencia sin reconocer en él deslíz ni columbina sencillez, sino como á un testigo autorizado, cuyo dicho se confirma con otros testimonios aun más solemnes y autorizados. Ni teme tampoco excitar la grito de los adversarios con la confesión de la deformidad causada en el lienzo prodigioso por la pintura sobrepuesta y deteriorada, antes se sirve de ello como de un argumento poderoso que realza la persistencia y viveza de los colores primitivos, mostrándolos prodigiosos.

III.

Continuación.—El Lic. Cuevas.—El Canónigo González.—El Dr. Agustín de la Rosa.—Testimonios en que se omiten las nubes.—Conclusión.

EL Licenciado José de Jesús Cuevas, en su brillantísimo opúsculo titulado "La Santísima Virgen de Guadalupe," en el número ó párrafo trigésimo-nono, dice: "Dos hechos han demostrado que no es natural la conservación de la Santa Imagen. Estos hechos constituyen las comprobaciones no sólo más terminantes, sino las dos únicas que pudieran idearse en calidad de contrapruebas. El primero fué una devoción indiscreta. . . . En su obra titulada "La Estrella del Norte" el R. P. Francisco Florencia, á la letra, dice: "A los principios del aparecimiento de la bendita Imagen, pareció á los que cuidaban de su culto y lucimiento, que sería bien adornarla de querubines, que al rededor de los rayos del sol le hiciesen compañía y representasen el reverente obsequio que los espíritus soberanos hacen á su Reyna en el cielo. Así se ejecutó; pero en breve tiempo se desfiguró de suerte todo lo sobrepuesto al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba á vista de la permanente velleza y viveza de los colores de la Santa Efigie, se vieron al fin obligados á borrarlos. . . . Y esta es la causa de que en algunas partes del derredor de la Santa Imagen parece que están saltados los colores." El otro hecho de que sigue hablando, es la copia que mandó hacer Bartolache, y que á los siete años se desfiguró y descompuso enteramente.

Citó, pues, el Sr. Cuevas la autoridad del P. Florencia, para sentar un hecho demostrado, del que saca la contraprueba que robustece la maravilla de la pintura guadalupana. Ni reputa, pues, al Jesuita como candoroso, ni de sencillez columbina, ni á su narración como un deslíz.

El Sr. Canónigo González, que aunque no dió su nombre, es reconocido autor de la obra: "Santa María de Guadalupe, patrona de los mexicanos," impresa en Guadalajara, en 1884, en el número IV, y párrafo ó sección 71, escribe: "Por relacionarse con lo que deponen los facultativos sobre la conservación milagrosa de la Sagrada Imagen, copiamos aquí lo que trae el P. Florencia en el capítulo 10, § II, número 75 de su obra "Estrella del Norte:" "Una cosa me refirió el Dr. D. Francisco de Sales (errata de imprenta; debe decir, de *Siles*), Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de México: la cual he querido poner aquí por ser de autor á quien debe mucho lustre y crédito el V. Santuario de Guadalupe, y que investigó con suma diligencia muchas noticias para apoyo del milagroso origen de la Santa Imagen, y por lo que, á mi ver, conducen á restablecer la providencia sobrenatural con que se conserva hasta hoy..... Y fué, que á los principios del aparecimiento de la bendita Imagen pareció á los que cuidaban de su culto y lucimiento. etc." Sigue la cita como arriba, copia lo que dice Florencia de los caballeros Casaus, y termina con esta frase: "Y esta es la causa de que en algunas partes del rededor de la Santa Imagen parece que están saltados los colores."

También, pues, este autor, tan juicioso y reposado, admite el testimonio del Jesuita, y forma de él una prueba, sin juzgar que hay en la narración, ni candor ni deslíz.

Mas cierre este desfile de los escritores guadalupanos el sabio Dr. D. Agustín de la Rosa, quien, en su gran *Dissertación latina* acerca de la Aparición, como resumiendo lo que han dicho los anteriores, escribe: [Testantur enim graves auctores, aliquando, pio quidem animo, sed barbare et ignoranter, circum sacram Imaginem Querubim pictos fuisse, atque etiam aurum superaditum in radiis Solis quibus Imago circumdatur, et argentum in Luna.] "*Dissertatio histórico-theologica de Apparit. B. M. V. de Guadalupe, Pars secunda. Argum. duodecimum.*"

Al llamar graves autores á los que refieren la pintura de los querubines, aumenta el Sr. Dr. de la Rosa la autoridad de los mismos con todo el peso de la suya, y adopta como histórica y verdadera la narración del P. Florencia, de don-

de todos han copiado tal noticia. No la conceptúa, pues, ni deslíz ni candidez.

Así, consta de todo lo dicho, y por lo testificado por todos los autores guadalupanos, lo 1.º que se pintaron unos querubines en el lienzo guadalupano; lo 2.º que se colocaron al derredor de la Imagen y junto á los rayos del sol; lo 3.º que se pintaron en los tiempos próximos á la Aparición; lo 4.º que fué ello por disposición de las personas que cuidaban de la Imagen; lo 5.º que el fin fué piadoso, pues se propusieron con eso adornarla para su mayor culto y lucimiento.

De aquí es que nuestro amable corrector se ha equivocado completamente, al avanzar que fué un deslíz del R. P. Florencia el asegurarlo. Se ha equivocado igualmente al atribuir por ello al docto Jesuita, sencillez columbina, pues tantos varones graves y sabios han adoptado el hecho sin restricciones. Se ha equivocado totalmente, al atribuir la pintura á los enemigos de la Aparición, pues nadie, antes de él, había soñado semejante cosa. Se ha equivocado redondamente, al atribuirlo á malicia en quienes lo hicieron, pues todos convienen en que no fué sino por devoción y piedad, aunque mal entendidas. Se ha equivocado, finalmente, en pensar que en nuestra época no debe admitirse ya tal hecho que cedería en desdoro de la Aparición, y provocaría la algarada de sus enemigos; pues, por el contrario, todos los escritores guadalupanos, en nuestros días, lo han adoptado como un argumento ó contraprueba que demuestra lo maravilloso de la conservación de los colores nativos, y nada han opuesto á ello los adversarios.—Pero ni consta que el indio Marcos haya pintado dichos querubines, ni se habla de pintura de nubes en todos los autores citados

Es cierto que no se indica quién haya pintado los querubines; y ya dijimos que el atribuirlo á ese pintor indígena, es una mera conjetura fundada en las probabilidades que al principio expusimos; y como las conjeturas son muy permitidas en la crítica y en la historia, se podrá combatir la nuestra con tales ó cuales razones, pero no se puede tacha en ningún modo de error histórico ni crítico

En cuanto á las nubes, lo dijimos ya. Nadie ha hablado de nubes, aunque parece natural que hayan sido pintadas

con los querubines. Lo cierto es que algunos testigos de los de la célebre información de 1666, al dar contestación á la pregunta relativa á la conservación de la Imagen y de sus colores, no hablaron una palabra de las nubes, lo que deja pensar que no estaban igualmente conservadas, y en consecuencia, que no pertenecían al pincel milagroso, sino al humano. Véamos los textos de dichas informaciones, publicados por el infatigable Sr. Vera: El P. Provincial, franciscano, Fr. Juan de San Joseph, de edad de 76 años, previo el juramento, á la 6.^a pregunta dijo: "que tiene por cierto, sin poner en ello duda, como lleva declarado, que el hallarse estampada en la Tilma del dicho Juan Diego la dicha Santa Imagen de Nuestra Señora fué, y se debe atribuir y entender aver sido obra sobrenatural, y secreto reservado á la Divina Magestad, y en la misma manera la conservación de las colores de su Rostro, Manos, Ropaje de Túnica y Manto que la entresacan y distinguen de unas nubes blancas que tiene por orla y campo, que cada día, con aver passado tanto transcurso de tiempo viéndolas este testigo, [*habla de los colores,*] en diversas ocasiones que ha estado en dicho Santuario é Iglesia, le han parecido mas vivas y acabadas de poner juntamente con las estrellas y Raios de oro que tiene en dicho Manto, y Tunica, que salen á la redondez de todo el Cuerpo, y á este passo ha tenido la misma conservación el Seraphin que tiene á los Pies, con demostración, á lo que parece á este Testigo de estar substeniendo el Cuerpo de dicha Santa Imagen; y esto es lo que sabe de esta Pregunta y responde á ella."

Nótese que aunque habla de las nubes blancas que sirven de orla y de campo á la Imagen, pero la conservación y viveza de los colores se refiere al Rostro y manos, túnica y manto, y después al serafin, sin incluir á las nubes. Lo mismo respondió otro franciscano de 55 años de edad, Fr. Bartolomé Tapia: "que están conservadas las colores de su Rostro, Manos, Ropaje de Túnica y Manto que las entresacan y distinguen de unas nubes blancas que tiene por orla y campo, . . . y que á este passo tiene la misma conservación el Seraphin, que tiene á los piés con demostración á lo que parece de estar substeniendo el Cuerpo de dicha Santa Imagen; y este Testigo no ha sabido, oído ni entendido,

de Persona alguna, que desde la Aparición de dicha Santa Imagen, se le hayan renovado por ningún Artífice de Pintor las colores de su Sacratísimo Rostro, Cuerpo, y todo lo demás de que está adornado su santísimo Retrato, por lo que siempre ha juzgado como lleva dicho, haber sido, y ser obra sobrenatural dispuesta por la Divina Providencia."

Nótese aquí que el asegurar que no ha habido pintor que la pinte, no se opone á la pintura de los querubines, lo primero, porque habla de artífice que haya *renovado los colores*, y no del que haya pintado algo nuevo; lo segundo, porque se limita esto al Rostro, cuerpo y cuanto adorna, no al lienzo, sino al *Retrato*, es decir el vestido y querubín inferior, no refiriéndose al campo ú orla que ocupan las nubes.

Por todo esto parece que bien pudiera sostenerse que las nubes fueron pintadas, ó juntamente con los querubines, ó cuando éstos fueron borrados; pero de ningún modo insistimos en ello. No queremos hacer innecesarias inovaciones.

En cuanto á nuestro aserto hipotético del indio Marcos, pintor de lo sobrepuesto al lienzo guadalupano, si alguno de nuestros Sres. Obispos, ó alguno de los escritores de la Aparición, versado en el asunto, como por ejemplo, el Sr. Dr. de la Rosa, opinase que es peligrosa nuestra conjetura, ó que puede acarrear algún desdoro á la soberana Imagen, desde luego retractamos y abandonamos completamente esa opinión, y la borraremos en las posteriores ediciones de nuestros opúsculos donde se encuentra adoptada. Así lo prometimos al amigo que benignamente nos corrigió, y así, sinceramente queremos cumplirlo.

005381



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



0053